

de vital importancia en el sufismo, y por ello Ibn ʿArabī dice que el camino sufi consiste en la “adopción de los rasgos de carácter de Dios” (*al-tajalluq bi-ajlāq Allāh*), e identifica estos rasgos con los nombres de Dios⁷⁰. En el Corán aparecen estos atributos cuando dice que Dios es Justo, Generoso, Paciente, etc., y éstos son los atributos que debe desarrollar el ser humano: justicia, generosidad, paciencia, etc. Los distintos aspectos de la esencia humana son pues los nombres divinos, y el ser humano debe llegar a manifestar dicha esencia.

En la tradición islámica se identifican, en conformidad con el hadiz, noventa y nueve nombres divinos, con los que Dios, en su perfección eterna, se revela al ser humano. Estos se dividen en dos grandes grupos: uno que hace referencia a los aspectos de belleza eterna (*Ŷamāl*), de ternura y misericordia, y otro relativo a los aspectos de majestad eterna (*Ŷalāl*) y cólera, de poder y represalia. Ambos se reúnen o coinciden en el concepto de *Kamāl*, «perfección eterna»⁷¹.

La guía de los profetas

Otro aspecto importante es que para los autores sufíes los atributos viles son, en realidad, un desarrollo incompleto, desequilibrado y mal orientado de los nombres o atributos divinos. Rūmī señala que los rasgos de carácter tienen su raíz en los atributos divinos, y que es el uso que se hace de ellos lo que los vuelve positivos o negativos: “Dios nos creó a Su imagen; nuestras cualidades están instruidas por las Suyas. En la medida en que el Creador desea el agradecimiento y la glorificación, también está dentro de la naturaleza del hombre anhelar elogios, especialmente el hombre de Dios, activo en excelencia: se llena de ese viento (de loa) como una bolsa de cuero; pero si no es merecedor, la bolsa se desgarrará con el viento de la falsedad: ¿cómo iba a recibir lustre?”⁷².

También Ibn ʿArabī sostiene que lo que llamamos rasgos despreciables y censurables en realidad son nobles y loables. Es decir, el rasgo en sí es noble porque pertenece o está arraigado en el *wuṣūl*, pero es

la manera en que se percibe o cómo se emplea, lo que lo vuelve censurable. Así, rasgos como la cobardía, la avaricia, la gula, la arrogancia y la severidad son intrínsecos a la naturaleza humana, porque son intrínsecos al *wuḥūd*. Si se aplican correctamente se vuelven nobles, como cuando el alma es cobarde al no atreverse a contravenir la *Šarī'a* o golosa en su deseo de hacer el bien⁷³.

Según explica Chittick en su estudio sobre Ibn ʿArabī, si las personas quieren encontrar el uso adecuado de sus propios rasgos de carácter como manifestaciones plenas del *wuḥūd*, necesitan la orientación de los profetas, que les muestran cómo transformar rasgos censurables en nobles. De aquí el hadiz: “Fui enviado para completar los nobles rasgos de carácter”. Y es que Muhammad “completó” los rasgos nobles al añadirles todos los rasgos de carácter censurables. Su *Šarī'a* transforma las cualidades censurables en cualidades loables. Así, si los seres humanos siguen la *Šarī'a*, esto les asegurará que han elegido adecuadamente cómo emplear las características del *wuḥūd* que son inherentes a su forma divina. Si la ignoran o se oponen activamente a ella, estarán intentando oponerse activamente a las leyes del *wuḥūd*⁷⁴. La misión de los profetas y santos es por tanto la de recordar al hombre su naturaleza original y mostrarle el camino a través del cual ésta se puede actualizar de nuevo⁷⁵.

También Gazālī habla de la capacidad transformadora que tiene el hecho de seguir el camino indicado por los profetas. Según él, los tesoros de Dios, en los que esta alquimia debe ser buscada, son los corazones de los profetas. Gazālī se hace eco de la cifra de 124.000 profetas que según la tradición islámica Dios ha enviado a la tierra para enseñar a los hombres la prescripción de esta alquimia, y cómo purificar sus corazones de las bajas cualidades⁷⁶. Especifica también que no se trata de abolir completamente los apetitos corporales, pues la raza humana se extinguiría; pero estrictos límites han de ser observados a su indulgencia, y puesto que un hombre no es el mejor juez en su propio caso para decidir cuales deberían ser estos límites, hará mejor en consultar a estos guías espirituales que son los profetas. Así, las leyes que ellos han hecho descender bajo divina inspiración pres-

criben los límites que deben ser observados en estos asuntos. Aquel que transgrede estos límites “extravía su propia alma”, como está escrito en el Corán⁷⁷.

Con relación a esto podemos entender el concepto de “servidumbre”, pues la adopción de las cualidades de los nombres no implica apropiación. Según los sufíes el ser humano debe llegar a tomar conciencia de su indigencia absoluta frente a Dios, pues cualquier cosa que posea, sea de orden material, psicológico o espiritual, es algo dado, prestado, y como tal debe hacer un buen uso de ello. Ibn ʿArabī equipara este término filosófico con el término coránico *faqr* (pobreza). Por su propia esencia, todas las cosas existentes son pobres frente a Dios y están necesitadas de Él, mientras que Dios no necesita nada⁷⁸. El fundamento de esta doctrina de la pobreza espiritual se encuentra en la siguiente aleya: “¡Hombres! Vosotros sois los que necesitáis de Allāh mientras que Allāh es el Rico, en Sí mismo alabado”⁷⁹.

Por ello, aunque parezca paradójico, sólo cuando el hombre contempla la condición señorial de los nombres y es verdaderamente consciente de que todo procede de Él y a Él retorna, puede entonces hablarse propiamente de revestimiento de las cualidades de cada nombre, ya que, cuando a sí mismo el siervo se las atribuye, la manifestación de determinada cualidad no es adopción, sino ilusoria y vana pretensión⁸⁰. Y es con relación a esta condición de servidumbre y pobreza que se comprende la condición de vicerregente del ser humano, es decir, de califa o representante de Dios en la tierra, como establece el Corán: “Y cuando tu Señor dijo a los ángeles: Voy a poner en la tierra a un representante”⁸¹. Actualizar la forma divina significa llegar a ser receptáculo, “lugar” donde los Nombres divinos se manifiestan.

El Hombre Universal

Otro concepto importante que encontramos en el Corán es el de “Sello de la Profecía” (*Jātam al-nubuwwa*), que hace referencia a la finalización del proceso profético de la humanidad que cristaliza en la